



CARTA PASTORAL

MIRAR AL FUTURO

**CONSTRUIR COMUNIDADES
QUE SEAN
INNOVADORAS, CREATIVAS
Y SANTAS**

Hermano John Johnston, FSC

Superior General

1 de enero de 1998

MIRAR AL FUTURO

¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas.

Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy.

Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades.

Levantaos, no tengáis miedo (Mt 17. 7).

Juan Pablo II, Vita Consecrata 110, 37.

ÍNDICE DE MATERIAS

INTRODUCCION6

Justicia y paz... y nuestra Misión como Hermanos; Sínodo de América; Congreso Internacional de Religiosos y Religiosas Jóvenes; Asamblea Lasaliana de Religiosos Jóvenes en la Región de Asia-Pacífico; Los Cinco Coloquios

I. MIRAR AL FUTURO17

Una gran historia que construir; Mirar al futuro como HOMBRES DE ESPERANZA; Los signos de los tiempos ; Nuestros Hermanos jóvenes; Construir hoy comunidades que sean innovadoras, creativas y santas

II. PERSONAS CONSAGRADAS28

Vivir plenamente vuestra entrega a Dios; Dedicados a un ministerio de caridad con corazones llenos de afecto; Las necesidades de la juventud hoy; Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo... con todo tu corazón,

con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas; El espíritu de fe, de comunidad y de celo; Ser «contraculturales» y «políticamente incorrectos»; Nuestras luchas... y las de Pedro y Pablo; Hombres de oración personal

III. LA VIDA COMUNITARIA DE LOS HERMANOS41

Nuestra historia, fuente básica de inspiración; Comunidades «intencionales»... y asociaciones; Derechos y obligaciones recíprocos; Vivir juntos... como opuesto a «vivir solos juntos»; Compartir nuestra vida de comunidad con los demás; Interpretaciones ambivalentes de «apertura» o «inclusividad»; Comunidades, grupos, movimientos educativos lasalianos; Comunidad: «espacio (teológico) iluminado por Dios»; Vivir en comunión fraterna; Amarse como Hermanos; «**La unión en el seno de las comunidades es perla preciosa**» (Med. 91.2); Prestar especial atención a... ; Corrección fraterna

IV. COMUNIDADES APOSTÓLICAS QUE SEAN INNOVADORAS Y CREATIVAS73

Dios en su Providencia; El futuro de nuestras instituciones; Ministros que sean entusiastas, alegres, fervorosos, valientes

V. LA PASTORAL VOCACIONAL81

Orientaciones fundamentales; Oración y acción; Invitar al menos a un joven

EPÍLOGO89

Nuestra Señora de la Estrella

1 de enero de 1998

Fiesta de María, Madre de Dios

Jornada Mundial de la Paz

Queridos Hermanos:

Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo (*I Co 1,3*).

Gracias por sus felicitaciones y oraciones del año pasado, especialmente con motivo de mi cumpleaños y de Navidad. Pido a Dios nuestro Padre y a Jesucristo Nuestro Señor les bendiga con la gracia y la paz del Espíritu Santo al comienzo del nuevo año 1998. Rezo para que experimenten sentido de su vocación y serenidad, cualesquiera que sean las circunstancias de su vida recordando siempre que «si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?... no hay nada que pueda separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (*Romanos 8:31,39*).

Justicia y paz ... y nuestra Misión como Hermanos

Todos los años comienzo mi carta pastoral con un saludo de una de las epístolas de San Pablo a los primeros cristianos. Hace unas semanas seleccioné otro pasaje para comenzar esta carta. Pero después de leer el enérgico *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz, 1998* del Papa Juan Pablo II, decidí usar la cita de la carta de San Pablo a los Corintios. Escogí este pasaje no porque exprese el pensamiento del Santo Padre, sino porque puede servir para recordarnos cuán fácil es desear bien a otros y rezar por ellos y conformarse con eso. Recordé este pasaje de Santiago:

«Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?» (*Santiago 2,15-16*).

Cuando nos encontramos con personas que sufren o lo conocemos a través de los medios de comunicación, sentimos pena por ellas y les deseamos el bien. Pedimos a Dios que les ayude. Sin embargo el men-

saje profundo del Papa nos recuerda de manera conmovedora que aunque es necesario y se nos pide que recemos por los pobres, los marginados, los abandonados debemos hacer más.

El tema del *Mensaje* es que «la justicia camina con la paz y está en relación constante y dinámica con ella.» El Papa piensa en los pobres económicamente, en los marginados, en los explotados, en quienes se encuentran implicados en dolorosos conflictos... en resumen en aquéllos «que experimentan en su propia carne la ausencia de la paz y los efectos desgarradores de la injusticia. Hace un llamamiento enérgico por una «justicia atenta y vigilante» que asegure el equilibrio entre derechos y deberes, una justicia que sea «dinámica y viva» preocupada del bien común y que «defiende y promueve la inestimable dignidad de toda persona humana» (*Mensaje*, 1). Hace cincuenta años, nos recuerda, la Asamblea de las Naciones Unidas promulgó solemnemente *la Declaración Universal de los Derechos Humanos* reconociendo de manera oficial y sin ambigüedad que «la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la

dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana» (*Mensaje*, 2). Pide insistentemente a los gobiernos que acepten las implicaciones de este principio y elaboren leyes consecuentes con el mismo.

El Papa insiste en que en esta era de creciente globalización y progreso de las tecnologías informativas, tanto los individuos como los gobiernos y las organizaciones internacionales deben promover constantemente la *solidaridad*, el compromiso firme y perseverante por el bien común, por el que él ha insistido durante su pontificado. La solidaridad, escribe, es un deber absoluto y el único camino para construir una Comunidad mundial basada en la confianza recíproca, en el apoyo mutuo y en el respeto sincero. En definitiva el desafío consiste en asegurar una «globalización sin dejar a nadie al margen» (*Mensaje*, 3). Una vez más aboga por una reducción de la deuda externa,

«... que compromete las economías de Pueblos enteros, frenando su progreso social y político... ya no se puede tolerar

un mundo en el que viven al lado el acaudalado y el miserable, menesterosos carentes incluso de lo esencial y gente que despilfarra sin recato aquello que otros necesitan desesperadamente. Semejantes contrastes son una afrenta a la dignidad de la persona humana» (*Mensaje, 4*).

Afirma el papel esencial de la familia, la responsabilidad de los padres, el idealismo y el compromiso de los jóvenes. Denuncia el abuso de poder, la corrupción, la falta de medios de los pobres para acceder equitativamente al crédito, el aumento de la violencia contra las mujeres y los niños, el descuido de la educación y de otras formas de promoción cultural. En palabras que debiéramos considerar como dirigidas directamente a nosotros, el Papa desafía a los educadores comprometidos en todos los niveles de instrucción y educación de las nuevas generaciones a formarlas

«...en los valores morales y civiles, infundiéndoles en ellas un destacado sentido de los derechos y deberes, a partir del ámbito mismo de la comunidad escolar. Educar a la justicia para educar a

la paz: ésta es una de vuestras tareas primarias» (*Mensaje, 7*).

Finalmente como personas que «debemos considerarnos siempre solidarias de los pobres y de la actividad del Instituto en favor de los desheredados» (*Declaración, 32.1*) y como algo esencial a nuestra consagración religiosa, podemos encontrar estímulo en estas palabras:

«Un signo distintivo del cristiano debe ser, hoy más que nunca, el amor por los pobres, los débiles y los que sufren. Vivir este exigente compromiso requiere un vuelco total de aquellos supuestos valores que inducen a buscar el bien solamente para sí mismo: el poder, el placer y el enriquecimiento sin escrúpulos. Sí, los discípulos están llamados precisamente a esta conversión radical» (*Mensaje, 8*).

Sínodo de América

Como ustedes saben, tuve el privilegio de participar como auditor en el Sínodo de Obispos de América durante un mes, que concluyó el día 12 de Diciembre, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe. Entré en el

Sínodo algo escéptico acerca de sus perspectivas, dada las grandes diferencias existentes entre los países que constituyen América. Sin embargo, salí convencido de que la comunicación y educación mutua que el Sínodo promovió fue ya de por sí un logro significativo. Por otra parte, para ayudar al Papa en la preparación del documento post-sinodal, los participantes le presentaron una cantidad abundante y valioso material a través de intervenciones personales, de informes de las discusiones de grupos, del *Mensaje* del Sínodo y de proposiciones y recomendaciones.

Es interesante observar que el Sínodo dio gran importancia a los temas que Juan Pablo II presentó a nuestra consideración en su *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz-1998*, y afirmó que la Iglesia debe considerarlos hoy muy importantes en la planificación pastoral: temas como la globalización, el neoliberalismo, la deuda externa, la pobreza, la indiferencia religiosa, el abandono de la Iglesia, los problemas familiares, las nuevas tecnologías informativas, la corrupción, el tráfico de armamentos y de drogas, etc.

Los mismos temas u otros semejantes fueron centrales en el Sínodo de Africa en 1994, y seguramente serán aspectos importantes de los Sínodos de Asia, Oceanía y Europa, que se celebrarán en el plazo de año y medio.

Congreso Internacional de Religiosos y Religiosas Jóvenes

Más de 800 religiosos y religiosas jóvenes, la mayoría con menos de 30 años, se reunieron en Roma el pasado setiembre para un congreso de vida religiosa. Los Superiores y Superioras Generales, con la ayuda de los mismos jóvenes consagrados, planificaron y organizaron el programa de seis días. Entre ellos se hallaban ocho Hermanos de las Escuelas Cristianas. Afrontando abiertamente los problemas y desafíos de sus sectores respectivos, los religiosos jóvenes se manifestaron orgullosos y entusiastas de su vocación de consagración total al Señor y al servicio de su carisma específico. Lejos de la preocupación obsesiva por inquietudes internas o por temores referentes al futuro, se enfrentaron de manera directa y constructiva con el tema expresado en el subtítulo de esta

carta pastoral: *construir hoy comunidades que sean innovadoras, creativas y santas*. Centrar su atención en vivir más auténticamente la vida consagrada, en crear comunidades religiosas que sean dignas de tal nombre y en contribuir de modo constructivo y eficaz, de acuerdo con la misión de sus Institutos, a la construcción de un mundo en el que todos vivan en paz y armonía como hijos e hijas de Dios y como hermanos y hermanas entre sí.

Asamblea Lasaliana de Religiosos Jóvenes en la Región de Asia-Pacífico.

Acabo de volver de un segundo congreso de religiosos jóvenes; reunión que ha sido para mí, y creo que para todos los participantes, experiencia extraordinaria y estimulante. Ochenta Hermanos jóvenes de Asia y de la Región del Pacífico, más cinco Hermanas Lasalianas, que representaban a los dos Institutos de Hermanas, acudieron a Pattaya, Tailandia, para nueve días de reflexión, oración y comunión. El programa estuvo magníficamente planificado y desarrollado; dice mucho a favor de los organizadores y animadores. Ha sido sin

duda el proyecto más ambicioso realizado por la Región PARC hasta el presente. Los miembros de esta vasta y compleja región pueden sentirse orgullosos y agradecidos. Estoy convencido de que nuestros Hermanos y Hermanas jóvenes volvieron a sus sectores respectivos con más profunda comprensión de su vocación, y con una nueva estima de su pertenencia a nuestra familia religiosa internacional y con una experiencia de comunión amorosa que será fuente de aliento durante los meses y años venideros.

Me impresionó en esta asamblea el amor que nuestros Hermanos y Hermanas manifestaron a su vocación lasaliana. Se sienten «a gusto» con la espiritualidad apostólica lasaliana. Su amor patente y profundo a San Juan Bautista de la Salle, junto con su convicción de que el carisma lasaliano continúa siendo don precioso para el mundo, la Iglesia, los jóvenes y los pobres, me conmovió profundamente. Además, dedicaron todo un día a analizar las realidades políticas, económicas y sociales de sus sectores y prestaron atención especial a los temas centrales del *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz* y del Sínodo de

América. Los religiosos jóvenes consideran que la misión lasaliana de educar humana y cristianamente debe responder eficazmente a estas realidades.

Los Cinco Coloquios

El 42º Capítulo General pidió al Superior General y a su Consejo que se nombrara un grupo de expertos bien calificados en los diferentes campos y disciplinas que hoy inciden en el ámbito educativo. El Capítulo deseó que esas personas ayudaran al gobierno central del Instituto a proponer líneas claras de acción para todos cuantos están comprometidos en la misión lasaliana. La realización de esta propuesta del Capítulo General se ha plasmado en cinco coloquios, el último de los cuales tendrá lugar en junio de este año. A continuación de ese quinto coloquio, una comisión realizará la síntesis de todas las actas y conclusiones y publicará el informe completo para uso de los Hermanos y colaboradores de todo el mundo, así como para los participantes al Capítulo General del año 2000.

Encuentro particularmente satisfactorio que los temas escogidos para nuestros coloquios, con la ayuda del comité permanente, formado por los Hermanos Nicolas Capelle, Herman Lombaerts, y José María Martínez, son los mismos temas centrales escogidos para el *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz, 1998*, para el reciente Sínodo de América, para el Congreso internacional de Religiosos y Religiosas Jóvenes y para la asamblea de Hermanos y Hermanas lasalianos jóvenes de la Región PARC: la familia hoy, la globalización, la megápolis, las nuevas tecnologías informativas y la evangelización.

I. MIRAR AL FUTURO

Podría parecerles que estos largos comentarios introductorios tienen poco que ver con el título de esta carta pastoral: *¡Mirar al futuro! Construir hoy Comunidades que sean innovadoras, creativas y santas*. Creo, sin embargo, que la reflexión sobre ciertas realidades de nuestro mundo actual, sobre las implicaciones en nuestra misión lasaliana y sobre la presencia y el papel de nuestros Hermanos jóvenes son muy pertinentes.

Una gran historia que construir

El Papa nos ha invitado a *Mirar al Futuro*. De ningún modo aboga porque soñemos en un futuro idealista y esperemos a que llegue. Todo lo contrario. Nos urge a que evitemos vivir excesivamente en el pasado, recordando y contando nuestra «gloriosa historia». Qué fácil es caer en esa trampa. Nos recuerda que tenemos «una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu Santo os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas» (VC, 110). Por tanto, las palabras del Papa quieren ser afirmación y aliento para las personas consagradas en este momento de la historia, cuando afirma:

«No son pocos los que hoy se preguntan con perplejidad: ¿Para qué sirve la vida consagrada? ¿Por qué abrazar este género de vida cuando hay tantas necesidades en el campo de la caridad y de la misma evangelización a las que se pueden responder también sin asumir los compromisos peculiares de la vida consagrada?» (VC, 104).

Su respuesta a tan oportuna pregunta es que, a lo largo de la historia de la Iglesia, el Señor ha llamado siempre a *algunas* personas a entregar su vida en el seguimiento de Cristo como personas consagradas, que adoptan como objetivo primario de su vida un modo de vivir pleno, radical y coherente con el Evangelio. No sabemos por qué el Señor llama a *algunas* personas y no a otras, pero la lectura de los Evangelios y de la misma historia revela claramente que esas personas no han sido escogidas porque sean precisamente las «mejores» personas disponibles. Con todo, para esas personas concretas, la vida religiosa es respuesta a su búsqueda de sentido: «la vida no tiene sentido para ellas, en otros términos» (Sandra Schneider).

Juan Pablo II insiste en que la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia, indica la naturaleza misma de la vocación cristiana, y no puede faltar nunca por ser uno de sus elementos esenciales y característicos (VC, 3,29). Los religiosos, dice, tienen una misión que está más allá de la realización de ciertos servicios necesarios. Su tarea fundamental es hacer visible la presencia amorosa y salvadora en el

mundo de hoy (VC, 72,76). No obstante, el Papa conoce la historia y es realista: «Aunque cada Instituto no posea la prerrogativa de la perpetuidad... es necesario distinguir entre las *vicisitudes históricas* de un determinado Instituto o de una forma de vida consagrada y la *misión eclesial* de la vida consagrada como tal. Al mismo tiempo el Santo Padre da a las personas consagradas el desafío conmovedor: «¡Mirad al Futuro!» (VC, 110).

A pesar de esta enérgica afirmación sobre la vida consagrada, en las intervenciones de los obispos durante el reciente sínodo sobre América, hubo llamativa ausencia de referencias a la vida religiosa. Para mí queda claro que muchos obispos ven ya una Iglesia en la que, en un futuro muy cercano, y particularmente en zonas donde el promedio de edad de los religiosos es alto y hay pocas vocaciones, los religiosos comprometidos, sobre todo Hermanos y Hermanas, aunque constituyen más de los cuatro quintos de religiosos del mundo, serán numéricamente pocos.

Los obispos deben ser realistas al planificar el futuro. Centrarse sobre el laicado

es una manera apropiada de responder a las necesidades que van siendo cada vez más urgentes. No obstante, como afirmé en mi intervención en el sínodo, sería grave error concluir que, puesto que los seglares pueden realizar los servicios prestados por las Hermanas y los Hermanos, no deba tomarse en serio la disminución o incluso la desaparición de sus Institutos. Todo lo contrario. La pérdida de la presencia de las Hermanas y de los Hermanos sería triste pérdida para la Iglesia.

«¿Qué sería del mundo si no fuera por los religiosos? Más allá de las valoraciones superficiales de funcionalidad, la vida consagrada es importante precisamente por su *sobreabundancia de gratitud y de amor*, tanto más en un mundo que corre el riesgo de verse asfixiado en la confusión de lo efímero... La vida de la Iglesia y de la sociedad misma tienen necesidad de personas capaces de entregarse totalmente a Dios y a los otros por amor de Dios» (VC 105).

Mirar al futuro como HOMBRES DE ESPERANZA

Pienso que los obispos deberían apoyar la vida religiosa públicamente y animar las vocaciones a ella, pero creo también que debemos responsabilizarnos de nuestro propio carisma y no depender de otros, responsabilidad enraizada profundamente en la convicción:

«Ahora más que nunca se ve necesitado el mundo de que las personas consagradas a Dios testimonien que le conocen y le aman como a ser viviente, desde el corazón mismo de las realidades profanas y de la vida de los hombres»... «Este Instituto es de una gran necesidad. Los jóvenes, los pobres, el mundo y la Iglesia necesitan todavía del ministerio de los Hermanos» (*Decl. 11.4, Regla, 141*).

No obstante, Hermanos, soy consciente de que a pesar de esas afirmaciones, algunos Hermanos, particularmente en zonas que han tenido pocas vocaciones en las últimas dos décadas, encuentran difícil sostener su esperanza de que el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristia-

nas tiene «no solamente una historia gloriosa para recordar y contar, sino *una gran historia que construir*» (*VC, 110*). Por esta razón creo que es importante distinguir entre *optimismo* y *esperanza*. El optimismo es sentimiento que nace espontáneamente de la conciencia de la realidad concreta. Admito que pocos, si es que hay alguno, experimentan optimismo al examinar la situación vocacional de la mayor parte de los institutos de Hermanas y Hermanos. Pero la ESPERANZA es otra cosa. La esperanza, y aquí no estoy hablando de la virtud teologal, es 1º) una visión del futuro que queremos que llegue a ser una realidad, 2º) una convicción de que la visión puede realizarse y 3º) un compromiso en trabajar para que esa visión llegue a ser una realidad. Con esta descripción de la esperanza en mi pensamiento, Hermanos, propongo, que miremos el futuro como **HOMBRES DE ESPERANZA**.

Los signos de los tiempos

En las páginas iniciales de esta carta me he referido a cierto número de *signos de los tiempos*: las realidades religiosas, sociales, económicas, políticas y tecnoló-

gicas de nuestra época, la presencia de religiosos y religiosas jóvenes, que aunque poco numerosos, se muestran dinámicos ; los interrogantes a los que se enfrenta la vida religiosa hoy. Necesitamos observar y escuchar con cuidado «lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap. 3,13) en tales signos:

« ... los Hermanos viven en este mundo y deben prestar atención a los problemas que se suscitan en cada época... Los signos de los tiempos ponen también a los Hermanos de manifiesto la importancia de su misión en el mundo actual, no menos que la urgencia en la renovación de su vida religiosa, de su ministerio apostólico, de su presencia entre los hombres... paréceles, por consiguiente, importante para llevar a cabo la «renovación adaptada» mostrarse dispuestos a escuchar y discernir las invitaciones que les dirige el Espíritu Santo por mediación de los hombres.» (Declaración, 8.1).

Esta carta pastoral, de acuerdo con el espíritu de esta afirmación, es una reflexión sobre algunos desafíos que el Espíritu San-

to parece presentarnos hoy. Al tomar decisiones en este momento de la historia, debemos tener en cuenta lo que he descrito como realidades religiosas, sociales, económicas, políticas y tecnológicas. He aludido a lo que intento escribir sobre estas realidades. Pero quiero hacer un comentario sobre «la presencia de los religiosos y religiosas jóvenes, dinámicos aunque poco numerosos» y más específicamente de nuestros Hermanos jóvenes.

Nuestros Hermanos jóvenes

Desde luego, siempre ha sido cierto que, al considerar el futuro de una organización, los miembros veteranos conocen y toman en consideración la presencia, el papel y las posturas de los miembros jóvenes. Pero al hablar hoy del futuro de nuestra familia religiosa, debemos reconocer una diferencia importante. En el pasado, al menos en la mayoría de los países donde el Instituto está establecido, los Hermanos más jóvenes significaban el incremento del número total de Hermanos. El distrito y los mismos Hermanos jóvenes esperaban asumir la responsabilidad de las obras establecidas por sus predecesores, como también tener la

oportunidad de construir sobre esa base sus propias aventuras apostólicas. Hoy, sin embargo, debemos reconocer que en muchos sectores, el número de Hermanos jóvenes es significativamente pequeño en proporción al número de instituciones apostólicas que el sector tiene. Cierta diferenciación con el pasado inmediato es, pues, inevitable.

El Capítulo General proporcionará probablemente algunas orientaciones para los distritos, subdistritos y delegaciones. Pero esos sectores no necesitan esperar al Capítulo General. Los miembros del Capítulo necesitarán, en efecto, tanto las opiniones como la experiencia vivida en el Instituto. Por tanto, todos los sectores deberían empezar sin dilación a discutir serenamente sobre el futuro de sus instituciones.

Es importante que TODOS los Hermanos del sector, es decir, los Hermanos de las tres generaciones, se enfrenten con estos problemas. Los Hermanos jubilados, muchos de los cuales pusieron todo su corazón en las obras del sector, deben esforzarse por comprender y valorar la situación. Los Hermanos de mi generación que

ocupan puestos de gobierno deben estar muy atentos a las consecuencias de las decisiones que tomen hoy, así como de las decisiones que no tomen. Responsabilidad de mi generación es pasar a la siguiente generación una situación viable. Pero es esencial que en todo el Instituto los Hermanos jóvenes participen activamente en el proceso de decidir el futuro de los compromisos de los que el sector tiene responsabilidad:

«La mayoría de nuestros actuales miembros han sido ya agentes de un cambio significativo en nuestras congregaciones... Tenemos que confiar que aquellos que vienen tras de nosotros sean igualmente creativos, basados en su propia experiencia de vida y en sus ideas inspiradas por el Espíritu» (Doris Gottemoeller, RSM).

Los Hermanos jóvenes deben participar directa e indirectamente en todos los niveles del Instituto, incluso en el Capítulo General. La modalidad de esta participación es un tema que el Consejo General y la Comisión Preparatoria tendrán que estu-

diar. Agradeceríamos sus sugerencias sobre este tema.

Construir hoy comunidades que sean innovadoras, creativas y santas

Me doy cuenta de que el subtítulo que he escogido para esta carta pastoral es largo y «prolijo». Sin embargo es más breve que el de una versión anterior. Quería afirmar explícitamente que tenemos que construir comunidades *apostólicas* de *personas consagradas*, comunidades que sean innovadoras, creativas y santas. Cada palabra de la versión original tiene un significado especial y constituirá la base de la reflexión que sigue.

II. PERSONAS CONSAGRADAS

Vivir plenamente vuestra entrega a Dios

Hacia el final del documento *Vita Consecrata*, Juan Pablo II se dirige a las personas consagradas de modo personal y directo, instándoles *a vivir plenamente su entrega a Dios*. «Vuestra misión peculiar», dice, es «testimoniar a Cristo con la vida,

con las obras y con las palabras». En un pasaje oportuno e incisivo, y me parece que describe fielmente nuestra experiencia personal y comunitaria, escribe:

«Los jóvenes no se dejan engañar: acercándose a vosotros quieren ver lo que no ven en otra parte... Quieren ver en vosotros el gozo que proviene de estar con el Señor... ¡No os olvidéis que vosotros, de manera muy particular, podéis y debéis decir no sólo que sois de Cristo, sino que habéis llegado a ser Cristo mismo! (VC, 109).

Dedicados a un ministerio de caridad con corazones llenos de afecto

Juan Bautista de La Salle concibió nuestra vocación a la luz de la interpretación personal de su experiencia con los Hermanos, el Instituto y las escuelas, durante muchos años. Describiendo esa experiencia, escribió que Dios le condujo «de un modo imperceptible y durante mucho tiempo, de tal forma que un compromiso le condujo a otro de manera que no había previsto al principio». Fundamental para su comprensión de lo que le había acontecido

fue su firme convicción de que Dios era quien había tomado la iniciativa, Dios quien les había guiado a él y a su Instituto, hasta ese momento, y Dios quien continuaría apoyándoles, a él y a los Hermanos.

Cuando, hacia el final de su vida, La Salle escribió las *Meditaciones para el Tiempo del Retiro*, pudo recordar unos treinta y cinco años de experiencia vivida. En ese momento para él estaba claro que Dios había intervenido en su vida llamándole a fundar una sociedad de personas consagradas, que *juntos y por asociación* se entregaran a la educación cristiana de la juventud, especialmente de la juventud pobre. En las primeras tres *Meditaciones para el Tiempo del Retiro*, nos ha dejado la lectura extraordinariamente clara de ese itinerario, y su concepto de la vocación del Hermano.

Parafraseando un pasaje de San Pablo a Timoteo (*1 Tim. 2,4*), el Fundador dice que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pero si esa frase parece un poco abstracta, él es muy concreto en la segunda meditación. Aquí La Salle recuerda más

de tres décadas de contacto con los niños y los describe como él los recuerda: hijos de los artesanos y de los pobres, muchos de los cuales «viven abandonados a sí mismos y errando como vagabundos». Los padres, dice, que no pueden pagar a los maestros y tienen que trabajar fuera de sus casas abandonan a sus hijos a su suerte. Estos niños se acostumbran a una vida ociosa; se juntan «con malos compañeros» de quienes aprenden a pecar y a adquirir malos hábitos que son difíciles de desarraigar.

Esos niños son los que Dios, en su Providencia, es decir con su preocupación y cuidado amoroso, quiere que se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Pero Dios, dice La Salle con toda franqueza, «no puede quererlo verdaderamente, si no les da medios para conseguirlo» y por tanto si no proporciona maestros que contribuyan a la realización de tal propósito respecto de los niños. Por esta razón, dice, Dios enciende una luz en los corazones de ciertas personas, personas a las que Él ha «destinado a anunciar su palabra a los niños». En el primer día de su retiro anual, comunica a los Hermanos que ellos eran

esas personas: «Dios en su misericordia os ha encomendado tal ministerio... consideraos como ministros de Dios».

Según Blain *los maestros de escuela* de 1680 habían llegado a ser gradualmente *hermanos*, personas que vivían juntas con «muestras recíprocas de amistad tierna, pero espiritual»; debiendo considerarse como «hermanos mayores de los que venían a recibir sus lecciones»; personas que se comprometían a ejercer su «ministerio de caridad con un corazón cariñoso» (Blain, t. I, l.2, cap.3). En su hermosa meditación para la fiesta de Pentecostés, el Fundador escribe: «El empleo que vosotros ejercéis os pone en la obligación de mover los corazones; no podréis conseguirlo sino por el Espíritu de Dios» (43.3). Por tanto dice en otra meditación, «pedid a Dios el don de mover los corazones... es esta la gracia de vuestro estado» (81.2).

Las necesidades de la juventud hoy

Para vivir nuestra vocación con el amor y entusiasmo que La Salle quería, necesitamos recordar con frecuencia que Dios estableció nuestro Instituto para ayudar a

los jóvenes, a los pobres especialmente, a que se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Así como el Fundador estaba «impresionado por la situación de abandono de los hijos de los artesanos y de los pobres» (*Regla, 11*), así debemos ser particularmente solícitos y responsables de los niños y jóvenes de hoy.

«El Instituto hallará el acicate imprescindible para la renovación en la atención prestada por él a los problemas de la juventud... Estos problemas y necesidades no son menores en nuestros días que lo fueron en la época en que se fundó el Instituto... El esfuerzo comunitario por percatarse de los requerimientos que presenta la juventud de nuestros días y por empeñarse en resolverlos mediante compromisos apostólicos desinteresados, debe colocarse a la cabeza de nuestros objetivos» (*Decl. 23*).

Dada la gran diversidad de circunstancias religiosas, económicas y sociales que influyen en la vida de los jóvenes, la educación humana y cristiana eficaz pide dedicación y creatividad extraordinarias. A todos los niveles, Instituto, distrito, comuni-

dad, persona, necesitamos ser especialmente sensibles ante la soledad, la alienación y la falta de esperanza que manifiestan muchos jóvenes, como también su ansia de sentido y de comunidad. Necesitamos reconocer la bondad fundamental y el idealismo de los jóvenes y comunicarles nuestro amor y respeto. Además, necesitamos compartir con ellos nuestra propia vida de fe. De esta manera les invitamos a que lleguen a ser las personas que Dios quiere que sean. Debemos manifestar un celo que sea auténticamente misionero con aquellos que son víctimas de la pobreza económica, de la discriminación, del desempleo, del analfabetismo, de las drogas, del alcohol, de los abusos sexuales; de los inmigrantes y refugiados; y de modo particular, con los jóvenes que en situación de profunda soledad, se juntan a bandas o a cultos de sectas.

Este celo debe ser especialmente patente al enfrentarnos con las condiciones trágicas y escandalosas de muchos niños hoy: pobreza extrema, hambre, malnutrición, salud precaria, descuido general, abandono, falta de oportunidades educativas, carencia de hogar, trabajos forzados,

racismo, discriminación étnica, soledad, desesperación, abuso sexual, explotación con fines pornográficos, prostitución, abuso físico, brutalidad, e incluso asesinato. ¿No son estas situaciones una llamada profética a los Hermanos de las Escuelas Cristianas de 1998?

Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo... con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas

Para ejercer nuestro «ministerio profético de caridad con corazón cariñoso», debemos esforzarnos en conseguir ser las personas que Dios quiere que seamos, es decir, personas que amen al Señor nuestro Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas; y que amen al prójimo como a sí mismos (*Marcos*, 12, 30-31). En una página de *Vita Consecrata* que encuentro personalmente muy conmovedora y desafiante Juan Pablo II dice:

«... en el gesto de lavar los pies a sus discípulos, Jesús revela la profundidad del amor de Dios por el hombre: ¡en El,

Dios mismo se pone al servicio de los hombres! El revela al mismo tiempo el sentido de la vida cristiana y con mayor motivo, de la vida consagrada, que es *vida de amor oblativo*, de concreto y generoso servicio... especialmente a los más pobres y necesitados» (VC, 75).

El espíritu de fe, de comunidad y de celo

Hermanos, sólo podemos entender nuestra consagración religiosa dentro del contexto de nuestra misión de educar humana y cristianamente a los jóvenes, misión ejercida con *la vida de donación total y juntos y por asociación*. Sólo podemos entender la consagración en relación con la comunidad y la misión; sólo podemos entender la vida de comunidad en relación con la consagración religiosa y la misión; sólo podemos entender la misión en relación con la consagración religiosa y la comunidad. Las tres principales dimensiones de nuestro carisma pueden distinguirse, pero no separarse en el tiempo y en el espacio. Cada uno de nosotros tiene que hacer la síntesis personal de las dimensiones, es decir, integrar las dimensiones de

acuerdo con su propia personalidad, temperamento, talentos, energías y flaquezas.

Ser «contraculturales» y «políticamente incorrectos»

A medida que progresamos en integrar y sintetizar estas dimensiones, más y más manifestamos el espíritu de fe, de comunidad y de celo. Llegamos a ser «cristianos públicos», es decir, personas que han hecho profesión pública de creer en Jesucristo y en su Evangelio. Somos cada vez más capaces de ver, juzgar y actuar de acuerdo con nuestra fe.

Nuestro carisma nos pide que hagamos presente a Cristo en el mundo de la educación y de la juventud. Pero sabemos por propia experiencia que hacer profesión pública es una cosa y llegar a ser «cristianos públicos» es otra muy distinta. Ustedes probablemente han oído la observación, «¿si fueras arrestado bajo la sospecha de ser cristiano, serías hallado culpable?»

Qué fácil es caer en la dicotomía al desempeñar nuestra vida «profesional» y nuestra vida «religiosa». Hace unos días,

precisamente un Hermano me decía que en su opinión la principal razón por la que no atraemos vocaciones, en concreto en su país, es que hemos llegado a ser demasiado «seculares», es decir, que la dimensión «religiosa» de nuestra vida parece limitarse a tiempos concretos de oración o de liturgia, y que nuestra vida profesional como directivos, profesores y educadores, nuestra manera de pensar, de juzgar y de actuar aparece más en línea de lo que es «políticamente correcto» que con el Evangelio.

Vivir hoy como «cristianos públicos» nos exigirá con frecuencia ser «contraculturales» y «políticamente incorrectos.» Como escribía hace dos años en mi carta pastoral, hoy la sociedad trivializa la religión, la trata como faceta sin importancia de la personalidad humana, algo que debería ser guardado «en lo privado», algo que se puede desechar fácilmente. La convicción religiosa se considera irracional, arbitraria, sin importancia, y, por tanto, irrelevante. Se pretende que la gente religiosa ponga sus convicciones religiosas «entre paréntesis» del resto de su personalidad. El mensaje constante de la socie-

dad es que cuando las exigencias de la religión entran en conflicto con lo que se ha de emprender, hay que ignorar las demandas religiosas y actuar «racionalmente».

Nuestras luchas... y las de Pedro y Pablo

Hermanos sabemos y reconocemos que nuestra historia personal de amor a Dios y al prójimo ha sido y continuará siendo una historia de «altibajos». Algunos tenemos la impresión de que a pesar de haber permanecido en la vida religiosa durante muchos años, somos principiantes en el modo de vivir el Evangelio tal como debiéramos. Como decía a los Visitadores en la carta del pasado agosto, siempre he encontrado consuelo e inspiración en la vida y en las luchas de San Pedro y San Pablo. A ustedes, como a mí, el Señor les llamó a un servicio especial. E igual que El nos llamó a ustedes y a mí *como somos*, así El les llamó también tal *como eran*, con sus virtudes y vicios, con sus cualidades y defectos, con sus talentos y limitaciones.

En la Sagrada Escritura vemos a Pedro y Pablo como dos hombres que se esfuer-

zan por ser instrumentos de Cristo, que luchan por renovar sus brillantes cualidades al máximo y por disminuir sus debilidades para ser ministros idóneos, confiados en que el Señor estaba con ellos y manifestaría su poder a través de ellos. Pablo reconoció con franqueza extraordinaria que no conseguía hacer lo que él quería y hacía a veces lo que no quería. Pedro lloró amargamente al darse cuenta de su incapacidad para tomar postura pública y heroica en favor de su Maestro, pero no se sumió en la compasión de sí mismo. Se «levantó» y continuó siguiendo a Cristo. Con honradez, humildad y gratitud al Señor que nos ha elegido, debemos hacer lo mismo.

Hombres de oración personal

Pero para «levantarnos» cuando caemos y continuar siguiendo a Cristo, necesitamos ser hombres de oración personal. Hace dos años dediqué una carta pastoral enteramente a la oración. Me limito ahora a reafirmar la necesidad de meditar la Sagrada Escritura todos los días, de dedicar al menos de veinte a treinta minutos a la comunicación personal con el Señor, de

«detenernos» de vez en cuando durante unos «momentos» para *recordar* la presencia amorosa del Señor y para renovar nuestra *intención* de vivir «plena» y «fielmente» nuestra consagración. Estos «momentos» pueden durar de treinta segundos a un minuto y pueden ayudarnos a vivir como hombres de fe. Están fácilmente estructurados en el ritmo de nuestra actividad diaria. La tradición lasaliana de recordar la presencia de Dios y de adorarle es hermosa y más necesaria que nunca.

III. LA VIDA COMUNITARIA DE LOS HERMANOS

Nuestra historia, fuente básica de inspiración

He utilizado de vez en cuando en los últimos veinticinco años, la película musical *Un Violinista en el Tejado* como punto de partida para reflexionar sobre el significado de pertenecer a una entidad especial de personas, y en concreto al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

En la primera escena, Tevye, dirigiéndose al auditorio, describe la vida de una

comunidad judía, de finales del siglo pasado en la aldea de Anatevka, en Rusia. Era una época de discriminación y persecución, que condujo a la rebelión y al final a la represión. Describe la vida de los habitantes como la de un violinista subido al tejado «intentando sacar una melodía agradable y sencilla sin perder el equilibrio». Dice que los habitantes pueden mantener su equilibrio en razón de sus tradiciones, que afectan a todos los aspectos de sus vidas y que son medios para expresar su fidelidad a Dios. «A causa de nuestras tradiciones,» dice, «cada uno de nosotros sabe quién es y lo que Dios espera de él». Pero la vida en el tejado es difícil y peligrosa y los forasteros preguntan espontáneamente por qué permanecen allí. Tevye responde sin vacilar: «Permanecemos porque Anatevka es nuestro hogar.»

Tevye y sus compañeros sabían quienes eran y lo que Dios esperaba de ellos, a través de los relatos, símbolos, rituales y prácticas, todo lo cual lo recoge en la palabra *tradición*, que eran parte integrante de su vida diaria. Aquellas tradiciones expresaban y alimentaban su sentido de identidad y promovían la progresiva

interiorización. Finalmente, son capaces de decir «Anatevka es nuestro hogar» queriendo expresar, «pertenece a Anatevka; es donde encontramos sentido, significado y profunda paz interior; es donde queremos permanecer, a pesar de las dificultades.»

Las tradiciones han expresado y alimentado siempre la identidad de los pueblos. La tradición fundamental es frecuentemente la historia de su origen. Los judíos celebran los grandes acontecimientos de la intervención de Dios en su historia, durante todo el año. Los cristianos, el paso de Jesús de la muerte a la vida, con la liturgia y los sacramentos. Nosotros, Hermanos de las Escuelas Cristianas, somos una sociedad apoyada y alimentada por nuestras tradiciones. Es difícil exagerar la importancia de la historia de nuestra fundación. De ahí que fue una decisión inspirada que los miembros del Capítulo General de 1986, comenzaran el capítulo de la *Regla* sobre «la Vida Comunitaria con el siguiente artículo:

«Juan Bautista de la Salle se sintió movido a fundar una comunidad de hom-

bres que, iluminados por Dios y en sintonía con su designo salvador, se asociaron para dar respuesta a las necesidades de una juventud pobre y alejada de la salvación. *Hoy como ayer, toda comunidad de Hermanos descubre en dicho acontecimiento sus motivaciones fundamentales»* (Regla, 47, añadidas las palabras en cursiva).

Comunidades «intencionales»... y asociaciones

Nuestro Instituto no es una federación de distritos, subdistritos y delegaciones autónomos; nuestros distritos, subdistritos y delegaciones no son federaciones de comunidades autónomas; nuestras comunidades no son federaciones de individuos autónomos. Somos miembros de una familia religiosa internacional, sostenida y alimentada por una *tradición* de 318 años: acontecimientos, símbolos, rituales, y prácticas. Nuestras «tradiciones» nos han ayudado a conocer quienes somos y lo que Dios espera de nosotros. Por supuesto vivimos en distritos, subdistritos y delegaciones concretos y vivimos en una comunidad. No obstante, somos, primero y ante

todo, miembros de una familia internacional.

La historia de nuestros orígenes, así como de nuestro desarrollo durante tres siglos, no permite dudar de que el Fundador y los primeros Hermanos consideraron su nueva sociedad como lo que los sociólogos llaman una «comunidad intencional»; es decir, el modelo de agrupación que hace a cada uno de sus individuos las más amplias exigencias. En una comunidad intencional, los miembros viven, trabajan, y se recrean juntos. Voluntariamente renuncian al control de opciones que normalmente se consideran como privadas, a cambio de instaurar una forma de vida completamente nueva. La misión o meta trascendental que se propone el grupo se antepone a las necesidades de cada uno de los miembros (*Crear un futuro para la Vida Religiosa*, Patricia Wittberg, páginas 3 y 4).

La Salle y los primeros Hermanos emplearon frecuentemente la palabra «asociación» y esa palabra ha venido a ser un elemento importante de nuestra *tradición*. Con todo, es muy importante reconocer que su comprensión de la palabra «asocia-

ción» era fundamentalmente diferente del significado que la sociología da al término hoy. La Salle utilizó la palabra «asociación» para expresar lo que los sociólogos llaman «comunidad intencional». Para los sociólogos, la palabra «asociación» describe a grupos que imponen relativamente pocas exigencias a sus miembros. Los miembros de las asociaciones invierten una cierta cantidad de sus recursos en la obtención de alguna meta u objetivo común, pero conservan su autonomía personal (Wittberg).

Una comunidad de Hermanos de las Escuelas Cristianas es, por su propia naturaleza, comunidad intencional o total. En algunas comunidades todos los Hermanos participan en una actividad apostólica común, como la escuela, el centro educativo o el centro de pastoral juvenil. En otras comunidades los Hermanos tienen múltiples ministerios apostólicos, pero están unidos en la misión común (*Regla*, 16). Como miembros de su comunidad, los Hermanos viven de forma interdependiente. La interdependencia contrasta claramente con la dependencia por una parte y con la independencia por otra. Es necesario bus-

car el justo equilibrio, entre el respeto a la persona y el bien común, entre las exigencias y necesidades de cada uno y las de la comunidad (*La Vida Fraterna en Comunidad*, Vaticano, 1994, página 36).

Derechos y obligaciones recíprocos

Vivir juntos supone derechos y obligaciones recíprocos. Todo Hermano tiene derechos explícitos, porque como muy bien afirma la Declaración, el Instituto es un *instrumento*:

«Si el Hermano viene a la vida religiosa para buscar a Dios y trabajar por su Reino, espera de la Congregación que le ayude en esta busca y servicio. El Instituto debe, pues, utilizar todos los recursos con que cuenta para ayudar a cada Hermano en su proceso personal de perfección. Según eso las Reglas y las estructuras no han de ordenarse a su propia conservación, ya que tienen como fin servir a las personas» (*Decl.* 19: 1-2).

Si todo Hermano tiene derecho a la ayuda del Instituto, y por consiguiente de los Hermanos que viven con él, todo Her-

mano naturalmente tiene la obligación de respetar los derechos de sus Hermanos: «Cada Hermano, a su vez, preocúpese del bien común, respetando esas Reglas y estructuras, persuadido de que son exigidas a su vez por la vida religiosa» (*Decl.* 19.2).

Por tanto, tenemos responsabilidades como miembros de la comunidad, lo que significa, ante todo, que tenemos que responsabilizarnos de nuestras propias vidas y vivir como personas maduras, interdependientes. Nuestros Hermanos no son responsables *de* (en vez de) nosotros, y nosotros no somos responsables *de* (en vez de) ellos. Gabriel Moran en un libro reciente titulado *A Grammar of Responsibility*, razona, en mi opinión de manera convincente, que ser responsable es primero atender, y luego responder. El primer momento es ser *responsable a*; el segundo momento es ser *responsable de*. *Responder a* estar atentos a Dios, a aquellos que amamos, a aquellos confiados a nuestra solicitud, a la naturaleza, a nosotros mismos; ser *responsable de* es responder, no de lo que otros deciden hacer o no hacer, sino de las acciones que noso-

tros mismos decidimos en respuesta a lo que hemos percibido, visto u oído.

Dije anteriormente que no somos *responsables de* (en vez de) los Hermanos de la comunidad. Desgraciadamente, algunos Hermanos, demasiado fácilmente se culpan a sí mismos, al Instituto, a los superiores, a la comunidad, cuando la conducta de otros es impropia o decepcionante. Sin embargo, somos ciertamente *responsables con respecto a* nuestros Hermanos, y *responsables de* las acciones que adoptamos con respecto a ellos. Somos *responsables de* (en vez de) nuestros Hermanos solamente en aquellos casos en que se hallan física o psicológicamente impedidos de ejercer su don de ser libres. Pero no quisiera ser malentendido. No somos *responsables de* (en vez de) los miembros de nuestra comunidad, pero ciertamente somos *responsables con respecto a* ellos y *responsables de* las decisiones que tomamos con respecto a ellos. «Somos personas de comunidad» cuando nos preocupamos los unos de los otros para responder adecuadamente.

Por supuesto, somos miembros no sólo de una comunidad de Hermanos sino de un número de grupos y «asociaciones» incluyendo la «comunidad» educativa o escolar. Además, muchos de nosotros mantenemos relaciones afectuosas con nuestras familias. Pero la comunidad de Hermanos es nuestro «hogar», el *núcleo* comunitario de nuestras vidas. Tenemos que medir nuestras relaciones con las personas ajenas a la comunidad y al Instituto, para que no perjudiquen nuestro compromiso prioritario, es decir, el compromiso con la comunidad de Hermanos.

Vivir juntos... como opuesto a «vivir solos juntos»

Vivir en una comunidad intencional es, por tanto, «vivir juntos». La comunidad es mucho más que un instrumento de servicio apostólico, mucho más también que una especie de «estación de servicio» donde satisfacemos nuestras necesidades físicas. No es una residencia al servicio de una federación de individuos, es decir, una residencia donde personas «viven solas juntas». Tal vez los residentes son muy amables en sus relaciones, pero no tienen nin-

gún compromiso exigente en común los unos con los otros. Viven, quizás, juntos como una «agrupación fraterna», o como, un «equipo de trabajo» eficaz... o ambas cosas. Pero no viven vida de «comunidad intencional.»

Algunos de nosotros, debido al temperamento, al carácter o incluso a la cultura, tienen fuerte tendencia al individualismo, y debemos estar precavidos. El individualismo puede tener efecto perjudicial no sólo para la comunidad, sino para nuestra propia vida personal. Puede alimentar la soledad, la alienación, el sentido del absurdo y la infelicidad. Algunos llegan a ser individualistas porque temen las relaciones interdependientes y los riesgos personales que de ellas se derivan. Quizás tenemos «cicatrices» de experiencias interpersonales desafortunadas del pasado... que nos influyen ahora para ponernos a la defensiva ante la posibilidad de exponernos a ser ofendidos de nuevo.

Compartir nuestra vida de comunidad con los demás

Los miembros de las «comunidades intencionales», incluyendo las comunidades religiosas, pueden compartir su experiencia común con personas que no son miembros de la comunidad. Juan Pablo II, en una sección de *Vita Consecrata* titulada «laicos voluntarios y asociados», habla muy positivamente de la participación laical en la riqueza de la vida consagrada como miembros asociados, o de personas que comparten «durante cierto tiempo, la vida comunitaria y la particular entrega a la contemplación o al apostolado del Instituto, siempre que, obviamente no sufra daño alguno la identidad del Instituto en su vida interna» (VC, 56).

Hemos tenido experiencia limitada aunque valiosa de compartir la vida comunitaria con personas que no pertenecen al Instituto. Es interesante notar que la Proposición 44 del 40º Capítulo General de 1976 estableció que «varones jóvenes o de edad madura, pueden ser asociados a la acción apostólica y a la vida comunitaria de los Hermanos, sin haber hecho profesión reli-

giosa». Pero muy pocas experiencias concretas siguieron esa decisión. En los últimos años, sin embargo, algunas comunidades de diferentes países han acogido a Asociados lasalianos y a Voluntarios lasalianos.

Interpretaciones ambivalentes de «apertura» o «inclusividad»

No debe existir ninguna duda que es la «comunidad intencional» de los Hermanos de las Escuelas Cristianas la que acoge a otros para compartir su vida. La comunidad permanece como comunidad de Hermanos de las Escuelas Cristianas, comunidad que abre sus puertas a otros por cierto tiempo. Este modelo es radicalmente diferente de otro modelo de «apertura» o «inclusividad» que propone acoger a personas de otras esferas y de otras creencias religiosas, no con el fin de compartir la vida comunitaria de los Hermanos, sino con el fin de formar «comunidad» basada en cualquier aspecto que encuentren que tienen en común. Opino que tal aventura está condenada al fracaso desde el comienzo. La comunidad auténtica debe tener finalidad, visión común, metas comunes, historia, símbolos,

rituales y prácticas comunes. Incluso con una rica tradición, como la nuestra, crear la vida de comunidad auténtica es gran desafío. Estoy completamente de acuerdo con la Hermana Doris Gottemoeller, reconocida líder en la renovación de la vida religiosa, cuando escribe:

«Algunos usan el término «*inclusividad*» para dar a entender la incorporación a la Congregación, de hombres y mujeres, casados y solteros, católicos y no católicos, cristianos y no cristianos comprometidos temporal o permanentemente, a plena dedicación o a dedicación parcial. Parecen concebir la vida religiosa como algo semejante a un movimiento social en el que la gente participa de diferentes modos y con distintos grados de intensidad... En lugar de que cada miembro realice esencialmente el mismo compromiso por medio de la profesión perpetua, existen variedad de formas de pertenencia... Yo insinuaría que ese tipo de «*inclusividad*» corroe la claridad del sentido central y del fin de la vida religiosa y finalmente destruirá una congregación religiosa. La vida religiosa es un estilo de vida corporativo, no

una colección de interpretaciones individuales de una llamada personal... existen límites claros entre los que son miembros y los que no lo son» (*Address, National Vocation Conference, USA, 1996*).

Comunidades, grupos, movimientos educativos lasalianos

Pero ciertamente es posible formar «comunidad» con personas de estilos de vida y de creencias diferentes en otro nivel. En efecto, tales grupos ya existen. Están, por ejemplo, las «comunidades educativas lasalianas». Los sociólogos, quizás, preferirían dar a estas «comunidades» el título de «asociaciones». A pesar de todo, hay grupos de personas que se hallan realmente unidas en el compromiso de animación de las escuelas lasalianas. Cualesquiera que sean su estilo de vida o sus creencias religiosas, los miembros participan de la tradición y del patrimonio lasaliano en diferentes grados. Algunos, incluso, constituyen grupos como Signum Fidei, Asociaciones lasalianas, Tercera Orden o Equipos lasalianos. Los jóvenes manifiestan su actividad en los movimientos juveniles

lasalianos o de los voluntarios lasalianos, y a veces comparten la vida de comunidad con los Hermanos.

No obstante, debemos distinguir la vida de comunidad intencional de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de la vida de esos otros tipos de comunidades, sociedades, grupos y movimientos. Asimismo, creo que necesitamos nuevas estructuras a nivel de distrito que correspondan a la nueva realidad de lo que ha llegado a llamarse «misión compartida.» Estoy convencido de que tenemos que crear formas originales de consejos escolares o juntas que permitan la participación de los seglares, junto con los Hermanos, en la planificación y animación de nuestra red lasaliana de escuelas, centros y actividades pastorales. Algunos distritos han tenido ya la experiencia de seglares que participan en las reuniones del Consejo de Distrito, particularmente cuando se estudian asuntos referentes a la misión. Pero los Consejos de Distrito tienen que tratar todos los aspectos de la vida de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Más que adaptar las estructuras existentes en el Instituto, necesitamos responder a las necesidades evo-

lutivas con creatividad. Con todo, dado que estamos todavía aprendiendo, creo que deberíamos experimentar durante algunos años estructuras que, por su naturaleza, son provisionales.

Comunidad: «espacio (teologal) iluminado por Dios»

El Papa Juan Pablo II alude a la vida de comunidad como «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado» (VC, 42). Las traducciones de *Vita Consecrata* francesa, española e italiana usan la expresión *espacio teologal* mientras que la traducción inglesa usa la expresión *espacio iluminado por Dios*. El término *teologal* se refiere a las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, virtudes que uno no adquiere mediante el esfuerzo personal, sino que recibe como dones de Dios. Parecería, por tanto, que un *espacio teologal* es un espacio en el que los cristianos viven los dones de la fe, esperanza y caridad de tal forma que experimentan la presencia mística del Señor Resucitado y «vienen a ser, en cierta manera, una prolongación de su humanidad»; «las personas consagradas hacen

visible, en su consagración y total entrega, la presencia amorosa y salvadora de Cristo» (VC, 76). Los traductores ingleses trataron de captar esta riqueza de significado con la expresión *God-enlightened, iluminado por Dios*.

Varios artículos de nuestra Regla expresan conceptos similares. El artículo 47 nos recuerda que el Señor movió a Juan Bautista de La Salle «a fundar una comunidad de hombres que, *iluminados por Dios* y en sintonía con su designio salvador, se asociaron para dar respuesta a las necesidades de la juventud». Uno puede decir, que de acuerdo con la *Regla*, La Salle concibió su nueva sociedad y las comunidades en las que vivían los Hermanos como *espacios iluminados por Dios*. El «carácter que distingue» a la comunidad de los Hermanos «es ser comunidad de fe en la que se comparte la experiencia de Dios»... «Se esfuerzan por vivir unidos de tal modo, que esta unión sea reflejo de las relaciones de conocimiento y amor que constituyen la vida trinitaria». «El Espíritu de amor que habita en cada Hermano forja la unidad de la comunidad. Animados por El, los Hermanos construyen su comunidad por el don

gozoso de sí mismos al servicio de los demás» (*Regla*, 48,49). Además,

«Los miembros de este Instituto se llaman *Hermanos*» y quieren «ser al mismo tiempo, hermanos entre sí, hermanos de los adultos a quienes tratan, y hermanos mayores de los jóvenes que se les confían»... «Gracias al carácter fraternal de su vida comunitaria y de su presencia activa y desinteresada al lado de aquéllos a quienes sirven, los Hermanos testimonian la posibilidad de instaurar una auténtica fraternidad entre los hombres y entre los pueblos» (*Regla* 53,9).

Esta claro, por tanto, que nuestra comprensión de la vida comunitaria está en armonía con el documento *Vita Consecrata*. La convicción que subraya toda esta carta pastoral es que preparar el futuro al que el Espíritu nos impulsa «para seguir haciendo cosas grandes» está directamente relacionado con construir comunidades intencionales y teologales *hoy*, comunidades que sean innovadoras, creativas y santas. Nuestras comunidades serán espacios iluminados por Dios en los que los Herma-

nos viven juntos con fe, esperanza y amor, sólo cuando rezar juntos como comunidad constituye la dimensión integral de la vida diaria. El artículo 50 capta muy bien lo que significa ser «comunidad de oración»:

«Los Hermanos rezan juntos; juntos escuchan y meditan la Palabra de Dios; juntos se reconocen pecadores ante Dios y participan en la Eucaristía. Juntos buscan a Dios y se encuentran con Él.»

En este artículo es de importancia fundamental la palabra *juntos*. Pero debemos interpretar la palabra con cuidado. Los tiempos señalados para la oración comunitaria no son para nosotros ocasiones «de rezar solos juntos», y así satisfacer nuestra obligación personal de rezar. La oración comunitaria no es un tiempo en el que los Hermanos rezan como individuos con otros individuos que están presentes. No. En la oración comunitaria la *comunidad como comunidad* reza, escucha la palabra de Dios, la medita, y celebra la Eucaristía. Como he sugerido en las últimas cartas pastorales, tenemos que dar, por esta razón, gran prioridad a la presencia creativa en cada actividad comunitaria. Nuestra pre-

sencia con los Hermanos en la oración de la mañana y de la tarde, por ejemplo, hace posible que la comunidad reze como comunidad. Por supuesto que no siempre podemos estar presentes. Pero debemos quererestar presentes con la comunidad y lamentarlo cuando estamos ausentes.

Hermanos, todos aquéllos con quienes estamos en contacto y que Dios confía a nuestra solicitud, «saben» que nuestras comunidades deben ser comunidades «religiosas», sean o no capaces de expresar con palabras ese «conocimiento». Esperan que vivamos como personas «religiosas» y son muy sensibles a los «mensajes» que transmiten nuestras comunidades. No creo que esperen que seamos perfectos. Pero sí esperan que nos esforcemos por vivir de una manera coherente con nuestra consagración religiosa.

Vivir en comunión fraterna

Los autores del documento *La Vida Fraterna en Comunidad* son conscientes de que el antiguo Derecho Canónico, al hablar de la «vida común», se centró exclusivamente en los elementos externos y en

la uniformidad del estilo de vida. El nuevo Código hace clara distinción entre «vivir en comunión fraterna» y «vivir vida común», es decir, residir en la misma casa, observar las mismas normas y colaborar en los servicios comunes.

En el pasado, los documentos oficiales y nuestros superiores ponían el énfasis en la uniformidad y en la «regularidad». Con todo, hay un cierto número de bellas expresiones en nuestra antigua *Regla* (aunque a algunas de ellas siguieran calificativos o palabras de precaución): «Los Hermanos se profesarán cordial afecto unos a otros... tendrán singular complacencia en prestar servicio a sus Hermanos... hablarán siempre a sus Hermanos de manera respetuosa... preferirán siempre a sus Hermanos a sí mismos en todas las cosas»... (*Reglas Comunes*, Cap. 13).

Nuestra *Regla* actual describe la comunidad como *hogar*. En ella los Hermanos viven juntos; en ella renuevan cada día la experiencia de la amistad, de la estima, de la confianza y del respeto recíprocos; prestan particular atención a los Hermanos jóvenes. Comparten gustosos las comidas,

el tiempo libre y los distintos servicios que exige la vida común. La comunidad manifiesta diligente afecto a los Hermanos ancianos, enfermos, desalentados o probados(54,56).

Afirmar que amarse unos a otros es una característica esencial de la comunidad intencional enraizada en la fe, la esperanza, y la caridad, reconozco que es algo obvio. Recuerdo el pasaje de San Juan: «Y ahora te ruego, y no es que te escriba un mandamiento nuevo, sino el que tenemos desde el comienzo, que nos amemos unos a otros. Este es el mandamiento, como lo habéis oído desde el comienzo: que viváis en el amor» (*II Juan 1,5*).

Aunque mi impresión es que manifestamos en general «amistad, estima, confianza y mutuo respeto», tenemos que examinar regularmente nuestro amor fraterno. Podemos dar gracias a Dios de que son raros los incidentes de conflictos serios y de falta de amor entre nosotros. Pero sí tenemos que admitir que, de vez en cuando, somos culpables de la falta de sensibilidad de los unos para con los otros. Hace unas semanas, en sus comentarios finales

al sínodo, el Santo Padre hizo una observación concerniente a las relaciones entre los diversos países de América que viene muy al caso con esta reflexión. Dijo que lo opuesto al amor no es necesariamente el odio; puede ser también la indiferencia, el desinterés, o la falta de preocupación. Ciertamente no somos indiferentes, desinteresados o despreocupados en las relaciones comunitarias. Con todo, dada la intensa y progresiva influencia del individualismo, al que añadiría el exceso de trabajo con que habitualmente vivimos, sucede a veces que no nos mostramos tan atentos unos a otros como requiere el amor fraterno.

Amarse como Hermanos

En mi lucha personal, y demasiado a menudo sin éxito, por vivir comunitariamente, he encontrado útil tres definiciones o descripciones del amor. Dos de ellas son «clásicas» mientras que otra es más reciente. La primera dice que amar es rendirse ante la excelencia del otro. En el contexto de nuestra propia vida, esta descripción implica que primero debemos reconocer la excelencia de nuestros Hermanos. Para esto, tenemos que conocer a

nuestros Hermanos, apreciar lo bueno de sus vidas, y ser atentos con ellos. El Hermano Visitador de mis años jóvenes solía recordarnos periódicamente que necesitamos resistir a la tendencia de concentrarnos en el 5% de lo «malo» de nuestros Hermanos y dejar pasar el 95% de lo «bueno». La segunda definición es «desear el bien del otro»; es otra manera de expresar «rendirse ante la excelencia del otro». Rendirse ante la excelencia del otro y desear bien nos lleva a realizar acciones concretas y adecuadas.

La tercera definición de amor es de Erich Fromm: amar fraternalmente es manifestar «preocupación activa». Todos sabemos cuán importantes son «las cosas pequeñas» en la vida de comunidad. Omitir ciertas «cosas pequeñas», tales como los saludos diarios, las expresiones de gratitud, las palabras de felicitación, el pedir disculpas, el no responder al teléfono o a la puerta, no ofrecerse para diferentes servicios, puede tener efectos negativos desproporcionados... Por el contrario, la fidelidad a esas «cosas pequeñas» puede contribuir de modo muy significativo a la vida fraterna de una comunidad. Un Hermano muy que-

rido de mi distrito declaró antes de su muerte algo que nos ayudó a comprender por qué tantos de sus cohermanos le consideraron como «persona de comunidad» excepcional y les gustaba vivir con él. Dijo que durante toda su vida había hecho un esfuerzo por conversar, o al menos dirigir alguna palabra afectuosa a cada Hermano de su comunidad, todos los días.

«Preocupación activa» significa tomar la iniciativa y no sólo reaccionar ante lo que hacen los otros. Carl Rogers en cierta ocasión pasó varios días con un amigo que se acercaba a un vendedor ambulante cada mañana y le saludaba siempre con un respetuoso «¡Buenos días!» Pero Rogers notó que el vendedor nunca correspondía al saludo. Le preguntó a su amigo por qué continuaba saludándole. «Le saludo porque debo hacerlo. Espero que al fin responderá como debe». Conscientemente o no, el amigo de Rogers estaba rindiéndose ante la excelencia del vendedor, fuera éste consciente o no, de su propia excelencia.

Hermanos, no deberíamos infravalorar la necesidad de actividades de vida social y ratos de esparcimiento comunitarios. Con

iniciativa y creatividad, muchas comunidades consiguen programar con éxito estructuras de ocio comunitario para cada semana, cada mes o cada trimestre. Debemos prestar atención particular a los fines de semana y a los períodos de vacaciones. En algunas comunidades los Hermanos tienen cierto número de actividades juntos, mientras que otras dejan casi de existir durante los fines de semana y durante las vacaciones. Las visitas a nuestros familiares y amigos son aspectos importantes de nuestra vida, pero debemos subordinarlas a nuestras obligaciones como miembros de la comunidad de Hermanos.

**«La unión en el seno de las comunidades es perla preciosa»
(Med. 91.2)**

Nuestras comunidades se componen de Hermanos de diferente edad, temperamento, carácter, grupo étnico e incluso nacionalidad. El Papa nos recuerda que las comunidades religiosas se presentan como «*signos de un diálogo siempre posible y de una comunión capaz de poner en armonía las diversidades*» (VC, 51). Pero sabemos que lograr la unidad en tal diversidad no es

fácil. Ciertamente es esencial que tengamos expectativas realistas. San Juan Bautista de La Salle escribe: «piedra preciosa es la unión en el seno de las comunidades». Pero también dice que «una comunidad sin amor y unión es un infierno» (*Med.* 91.2, 65.1). Con candor sorprendente afirma:

«No es posible que vivan juntas varias personas sin que hayan de soportarse ente sí... Si pretendéis haber venido a la comunidad sin veros en la precisión de tolerar las faltas de vuestros Hermanos, vivís engañados y os engañasteis al ingresar en ella. Tomad medidas a este respecto para lo venidero y durante toda vuestra vida» (*Med.* 74. 1,2).

Afirmar que es más lo que nos une que lo que nos separa ha llegado a ser tal vez un tópico. Pero los tópicos contienen a menudo verdades profundas. Si es más lo que nos une que lo que nos separa, y esa es sin duda la situación, debemos evitar colocar a los Hermanos en categorías artificiales que acentúan las diferencias y fomentan falsas generalizaciones. Tal lenguaje, por desgracia todavía demasiado co-

mún en la Iglesia y entre los religiosos, puede tener efectos muy negativos: alimentacierta mentalidad de «ganadores y perdedores» y fomenta la división. Necesitamos resaltar lo que tenemos en común y luego aislar los aspectos concretos que nos diferencian y dialogar de modo constructivo sobre ellos.

Necesitamos progresar paulatinamente en nuestro conocimiento de los Hermanos con los que vivimos. ¿Qué sabemos acerca de su familia, su vocación, su experiencia comunitaria y apostólica a lo largo de los años? ¿Qué conocemos de su actividad actual? Cada vez más comunidades proporcionan oportunidades para que los Hermanos «cuenten sus experiencias». Esos encuentros para compartir nos ayudan a conocernos, a apreciarnos... y a amarnos más profundamente.

Prestar especial atención a...

«La comunidad manifiesta diligente afecto a los Hermanos ancianos, enfermos, desalentados o probados» (*Regla*, 56). Tenemos que prestar especial atención a los Hermanos que han perdido su autono-

mía y requieren cuidados especiales. Es estimulante presenciar el amor y el cuidado que muchos Hermanos manifiestan a esos cohermanos, visitándolos frecuentemente y animándolos en su soledad y sufrimiento. Estos Hermanos necesitan saber y sentir que son todavía parte de la vida del Instituto y del distrito y que comparten su misión. Por esta razón tenemos que informarlos, en lo posible, de las decisiones y de los progresos. Permanecen siendo religiosos apóstoles durante toda su vida, participando en la misión del Instituto con sus oraciones y sufrimientos.

También es estimulante la atención amorosa de los Hermanos por sus cohermanos que están enfermos, particularmente por aquellos que sufren enfermedades durante muchos meses, y de modo especial por los Hermanos enfermos terminales. A veces nos sentimos frustrados de no poder hacer más. Pero lo que necesitan los Hermanos más que nada es nuestra presencia y preocupación amorosas.

Muchos de nosotros experimentamos crisis en momentos concretos de nuestra vida: crisis relacionadas con una obediencia

de cambio de comunidad, dificultades en el trabajo o falta de éxito, incomprendimientos y sentimientos de alienación, enfermedad física o mental, desaliento o depresión, confusión o desorientación en la vida de fe, aridez espiritual, fallecimiento de seres queridos, dificultades en las relaciones interpersonales, tentaciones fuertes, sentimientos de inutilidad, preocupación por el futuro del Instituto... No siempre es fácil conocer la respuesta más apropiada para los Hermanos que sufren tales pruebas. Lo importante, sin embargo, es que los Hermanos sepan que no están solos, que sus Hermanos están allí para acompañarlos en sus sufrimientos.

Corrección fraterna

Uno de los aspectos más problemáticos de la vida comunitaria es la corrección fraterna. Con prudencia y tacto inspirados por el amor fraterno, podemos proponer en las reuniones comunitarias la consideración de temas secundarios que requieren revisión. Pero cuando se trata de temas importantes, la experiencia indica que el modo más eficaz es invitar al Hermano al encuentro personal. A veces, puede ayu-

dar la presencia de pocos Hermanos. Tales reuniones producen fruto cuando se llevan a cabo en clima de afectuoso interés. Nuestro papel no es en absoluto juzgar o condenar. Todo lo contrario. Es ayudar al Hermano a reconocer su debilidad y a responsabilizarse de sus actos y sus consecuencias. Es ayudarlo a ser consciente del efecto negativo que la debilidad tiene en él personalmente, en aquellos que ama y en quienes le aman. Algunos Hermanos necesitarán ayuda y tratamiento de algún experto, pero todos necesitarán nuestra comprensión y apoyo.

La comunidad que deja de tender la mano a los Hermanos que tienen problemas serios o adicciones, es comunidad que no práctica el amor fraterno. Desgraciadamente, acontece que los Distritos y las comunidades cierran los ojos durante muchos años. La razón es que los Hermanos, incluyendo a los superiores mayores y a los directores, carecen del amor fraterno y de la valentía necesarios para poner remedio.

Hermanos, por supuesto que hay otros muchos e importantes aspectos de la vida

fraterna en comunidad, tales como el papel del Director, las reuniones comunitarias, el proyecto comunitario, la formación permanente... Pero las consideraciones que les he ofrecido deben ser suficientes. Reflexionemos ahora sobre la dimensión apostólica de nuestra vida comunitaria.

IV. COMUNIDADES APOSTÓLICAS QUE SEAN INNOVADORAS Y CREATIVAS

No pretendo tratar de la misión de los Hermanos tan ampliamente como lo hice el año pasado en la carta titulada *Ser Hermanos Hoy*. Cuanto aquí digo, sin embargo, implica lo que dije en aquella ocasión. Mi intención en este momento es reflexionar brevemente sobre el llamamiento de Juan Pablo II a los religiosos a construir comunidades apostólicas que sean innovadoras y creativas.

Dios en su Providencia...

Juan Pablo II invita a las personas consagrada sa que reproduzcan con valor «la audacia, la creatividad y la santidad» de sus fundadores... y que con «fidelidad dinámi-

ca» adapten su misión «a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades» (VC, 37). Los religiosos deben estar abiertos a la voz interior del Espíritu «que invita a acoger en lo más hondo los designios de la providencia» (VC, 73). Este pasaje me recuerda el itinerario de un joven sacerdote francés que se comprometió hace 318 años, así como el título de la primera meditación para el tiempo del retiro: «Que Dios, por su Providencia, es quien ha establecido las escuelas cristianas.»

Con lenguaje lleno de franqueza y con sentido de urgencia que encuentro sorprendente, el Papa escribe que el Espíritu hacea las personas consagradas llamadas que son «reclamos divinos» para que elaboren nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy. Para asimilar estos «reclamos divinos» y traducirlos en respuestas concretas, los religiosos deben estar «habituados a buscar en todo la voluntad de Dios» y estar dispuestos a contribuir y llevar a cabo *nuevos proyectos de evangelización* para las situaciones actuales (VC, 73). Es importante observar que el Papa, al hacer estas observaciones, es muy consciente del declive numérico en la mayoría

de los Institutos. Pero insiste en que los religiosos «respondan generosamente y con audacia, aunque sea con intervenciones obligadas exiguas, a las nuevas pobrezas, sobre todo en los lugares más abandonados» (VC, 63).

Esa afirmación confirma con toda claridad la postura adoptada por el 39º Capítulo General y que han mantenido los Capítulos sucesivos: «El Instituto crea, renueva y diversifica sus obras, según las necesidades del Reino de Dios» (Regla 11)... «Los Hermanos se ofrecen para ser enviados por el Instituto allí donde es más apremiante la necesidad». Para satisfacer estas demandas urgentes tengan a bien «confiar a otros algunas de sus obras» (19a)... Los Distritos» planifican la evolución de sus obras de modo que el servicio directo de los pobres se afirme cada vez más como prioridad efectiva» (40a)... «Impulsados por el deseo de que los pobres puedan vivir con dignidad y abrirse a la Buena Nueva de Jesucristo, los Hermanos darán prueba de creatividad para responder a estas nuevas necesidades» (41).

Las nuevas situaciones y necesidades a las que nos instan tanto el Papa como los Capítulos Generales para responder con iniciativa y creatividad incluyen la educación de los pobres y las actividades misioneras, pero no se limitan a ellas. La llamada a la creatividad es amplia y abarca todas las dimensiones de nuestra vida, incluyendo las de la consagración religiosa y la comunidad que ya hemos considerado. Tenemos que aportar iniciativa y creatividad a todos los aspectos de nuestra misión de educar humana y cristianamente a la juventud, especialmente a la juventud pobre. De particular importancia es la renovación continua de nuestras escuelas y centros, así como la creación de otras formas de enseñanza y educación adaptadas a las necesidades de la época y de los países (*Regla, 3*).

Estimo que tanto los distritos como las comunidades deben prestar atención a la llamada y construir comunidades apostólicas que sean significativamente innovadoras y creativas. Los Capítulos de Distrito tienen que asegurarse de que haya el plan distrital que atienda a todos los aspectos de cooperación con nuestros co-

laboradores en la misión educativa lasaliana, así como el refuerzo de nuestros programas de educación religiosa, pastoral juvenil, educación en la doctrina social de la Iglesia, programas de servicio social, programas de alfabetización al margen de los centros, Juventud lasaliana y voluntarios lasalianos... Los capítulos de distrito, subdistrito y delegación deben, en lo posible, iniciar alguna actividad nueva en favor de la educación de los pobres o el fortalecimiento de las obras ya existentes. Además, deben animar a los Hermanos a ofrecerse para comunidades en localidades pobres de su propio país y para el servicio de las zonas misioneras; circunstancia que tiene como consecuencia la inevitable dificultad de reemplazar a los Hermanos en sus actividades apostólicas actuales.

El futuro de nuestras instituciones...

Todas estas recomendaciones conciernen a la misión lasaliana *hoy*. Pero tenemos que pensar también en el *mañana* y comenzar a formular planes para el futuro de nuestras escuelas, centros y programas. Estamos convencidos de que Dios sigue llamando a jóvenes para ser Herma-

nos de las Escuelas Cristianas y confiamos ver el incremento del número de novicios y Hermanos jóvenes. Con todo, no esperamos tener el número de Hermanos que hemos tenido en el pasado. Parece claro que los Hermanos, en un futuro no muy lejano, no podremos mantener el número de instituciones que tenemos actualmente.

Algunos distritos han tenido durante algunos años una red de centros que incluye instituciones *con* Hermanos e instituciones *sin* Hermanos. Sin embargo, en estas redes los Hermanos participan activamente como miembros del equipo directivo distrital, como animadores de los centros, como miembros de los consejos escolares locales. En el futuro, al menos en muchos sectores del Instituto, no habrá número suficiente de Hermanos para poder ocupar esos puestos. Creo que más que nombrar Hermanos para cubrir gran número de puestos a nivel directivo distrital o intentar dispersarlos en numerosas escuelas, debemos reagrupar la actividad a los Hermanos activos para formar comunidades de cinco a ocho Hermanos, comunidades que sean realmente innovadoras, creativas y santas. Los Hermanos de estas comunidades ten-

drían contacto directo con los jóvenes como directores de centros, profesores, catequistas, agentes de pastoral y darían testimonio - *juntos y por asociación* - de vidas entregadas totalmente a Dios y a los jóvenes.

Tanto *Vita Consecrata* como *La Vida Fraterna en Comunidad* reconocen el problema de la reorganización de las obras apostólicas:

«Esta tarea, nada fácil, y no pocas veces dolorosa, requiere estudio y discernimiento a la luz de algunos criterios. Es preciso, por ejemplo, salvaguardar el sentido del propio carisma, promover la vida fraterna, estar atentos a las necesidades de la Iglesia tanto universal como particular, ocuparse de aquello que el mundo descuida, responder generosamente y con audacia, aunque sea con intervenciones obligadamente exiguas, a las nuevas pobrezas, sobre todo en los lugares más abandonados» (VC,63). «La reorganización será creativa y fuente de indicaciones proféticas, si se preocupa de lanzar señales de nuevas formas de presencia, incluso numéricamen-

te modestas, para responder a las nuevas necesidades, sobre todo a aquellas que provienen de lugares más abandonados y olvidados» (*La Vida Fraternal*, 67).

Pronto tendremos que decidir el futuro de los centros actuales de la red distrital. Estas decisiones no serán fáciles de tomar. ¿De cuántos centros pueden los Hermanos de las Escuelas Cristianas responsabilizarse y asegurar la animación? ¿Qué centros deben mantener los Hermanos? Ciertamente no debe cerrarse ningún centro que sea viable. ¿Pero quién se hará responsable de los centros que no podemos ya mantener? ¿Las Asociaciones lasalianas de seculares? ¿Las diócesis? ¿Los gobiernos? No tenemos que tomar estas decisiones hoy, pero debemos comenzar a considerar nuestras opciones.

Ministros que sean entusiastas, alegres, fervorosos, valientes...

Concluyo esta sección con un pasaje de la *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI, que encuentro siempre estimulante:

«Conservemos la alegría de evangelizar con un ímpetu exterior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual, que busca a veces con angustia, a veces con esperanza, pueda así recibir la Buena Nueva no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo, en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo» (*Evangelii Nuntiandi*, 80).

V. LA PASTORAL VOCACIONAL

Juan Pablo II insta a los religiosos a que miren al futuro. Al mismo tiempo es consciente de que los Institutos «tienen futuro en la medida que *otros hombres y mujeres acogen generosamente la llamada del Señor*». Reconoce también que la disminución del número de vocaciones es pesada carga para los Institutos religiosos y sus obras apostólicas y que está en peligro su misma presencia en ciertas Iglesias loca-

les. Aconseja a los religiosos que no se dejen llevar por el desaliento y mantengan, por el contrario, su «confianza en el Señor Jesús, que continúa llamando a hombres y mujeres a seguirle». Exhorta a las personas consagradas a orar por las vocaciones, a adoptar una vigorosa pastoral vocacional y a «invertir las mejores energías en la actividad vocacional» como «el modo más auténtico para secundar la acción del Espíritu» (VC, 64).

Al mismo tiempo, el Papa admite que cada Instituto no posee «la prerrogativa de la perpetuidad» y que algunos Institutos corren el riesgo de desaparecer. Agradece a esos Institutos «su gran contribución» y les recuerda que la preocupación de hoy no anula sus méritos ni los frutos que han madurado gracias a sus esfuerzos (VC, 63):

«Las nuevas situaciones de penuria han de ser afrontadas por tanto con la serenidad de quien sabe que a cada uno se le pide *no tanto el éxito, cuanto el compromiso de la fidelidad*. Lo que se debe evitar absolutamente es la debilitación de la vida consagrada que no consiste tanto en la disminución numérica, sino

en la pérdida de la adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación y misión» (VC, 63).

Orientaciones fundamentales

Valoro estas palabras del Santo Padre. Brotan de una fe profunda acompañada de una voluntad de enfrentarse directamente con la realidad. Además, son orientaciones fundamentales que el Gobierno Central del Instituto ha procurado fomentar durante muchos años:

- Que debemos vivir nuestra vocación de forma auténtica y entusiasta, a pesar del número de vocaciones.
- Que debemos mantener un programa de pastoral vocacional bien estructurado, tanto a nivel distrital como comunitario, e invitar regularmente a jóvenes idóneos a que consideren la vocación de Hermano en su búsqueda del designio de Dios para con ellos.
- Que debemos dejar los resultados en las manos del Señor, mirar al pasado con profunda gratitud y legítimo orgullo y permanecer en paz, convencidos que no se

nos pide *«el éxito sino la adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación.»*

El desafío al que nos enfrentamos da equilibrio a esas orientaciones fundamentales. Debemos hacer todo cuanto podamos para promover vocaciones, convencidos que «este Instituto es de gran necesidad» y que Dios continúa llamando a jóvenes a vivir su consagración bautismal como Hermanos de las Escuelas Cristianas. Al propio tiempo debemos estar «desprendidos» de los resultados. Pero estar «desprendidos» de los resultados no es, en modo alguno, sutil invitación a la pasividad y a la resignación, ni justificación para abandonar el trabajo activo en favor de las vocaciones.

Algunos Hermanos son pesimistas sobre el porvenir del Instituto en sus sectores geográficos, y reticentes para proponer nuestra vocación como opción posible para los jóvenes. Pero no minusvaloremos a nuestros jóvenes. Saben que nuestra propuesta la hacemos con total respeto a su libertad de elección. Están al tanto de la confusión que han experimentado la Iglesia y la vida religiosa durante su vida. No

son ciegos acerca del promedio de edad de los Hermanos. Reconocen que cuando les invitamos a que consideren la posibilidad de ser Hermano, les estamos pidiendo una «aventura arriesgada». Tienen la sensación que estamos buscando cierto tipo de personas y se sienten honrados de que pensemos en ellos.

¿Qué tipo de personas buscamos? Hablando a religiosos, responsables de la pastoral vocacional, la Hermana Doris Gottemoeller afirmó:

«Buscamos personas capaces de heroísmo, de generosidad más allá de lo común. En otras palabras, buscamos personas normales, deseosas de una opción extraordinaria. Les invitamos a llevar a cabo una gran aventura del corazón».

Con respecto a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, estaría de acuerdo con que buscásemos jóvenes generosos y valientes con tal que fueran también maduros, creyeran en Jesús y en la Iglesia y estuvieran dispuestos a dar su vida totalmente a Dios como miembros de una comunidad religiosa dedicados a la educa-

ción humana y cristiana de la juventud, especialmente de los pobres. Algunos distritos están descubriendo a esos jóvenes en sus grupos juveniles lasalianos y entre los voluntarios lasalianos, jóvenes que manifiestan impresionante espíritu de fe, de comunión y de servicio. Necesitamos abordar a jóvenes de valía con la valentía y la franqueza de Juan Pablo II:

«A vosotros, jóvenes, os digo: si sentís la llamada del Señor, ¡no la rechazéis! Entrad más bien con valentía en las grandes corrientes de santidad, que insignes santos y santas han iniciado siguiendo a Cristo» (VC. 106).

Oración y acción

Hermanos, insto a todos los Capítulos de Distrito y a todos los Consejos de Distrito, así como a todas las comunidades y a todos los Hermanos, a releer en actitud orante los artículos 82 - 85 de la *Regla*, dedicados exclusivamente al tema de la pastoral vocacional. El espacio dedicado a este tema es extraordinario, pero la calidad del contenido es también extraordinaria. Me

limito a comentar tan sólo unas frases verdaderamente ricas en contenido.

El artículo 84 nos pide que tomemos en serio rogar a Dios para que envíe operarios a su mies y la recomendación de nuestro Santo Fundador «pedid que se digne acrecentar vuestro Instituto y lo haga fructificar de día en día». Hermanos, oremos fervientemente por las vocaciones e invitemos a nuestros colaboradores y a nuestros jóvenes a que se unan. Cuando uso la palabra «fervientemente» quiero decir «no rutinariamente»: necesitamos orar con un deseo ardiente y consciente de que Dios escucha nuestra oración.

Pero a la oración tenemos que añadir la acción, en forma de un programa bien estructurado. Para que tal programa resulte instrumento eficaz, los Hermanos deben manifestar la «presencia de Dios entre los hombres, la fuerza liberadora de su Espíritu y la ternura de su amor» (*Regla*, 85). Este artículo capta de una manera poética y conmovedora lo que intentaba expresar anteriormente con la expresión «de forma auténtica y entusiasta». Además, de acuerdo con este artículo, los jóvenes deben

percibir nuestro Instituto como comprometido realmente en responder a las necesidades urgentes. Finalmente, tenemos que acoger a los jóvenes en nuestras comunidades y hacerles posible que experimenten nuestra vida de fe, esperanza y caridad»teologales» compartiendo nuestra oración y nuestra Eucaristía, nuestras comidas y ratos de ocio, como también reuniones informales sobre todos los aspectos de nuestra vida y misión.

Pido muy insistentemente que interpreten el artículo 85a al pie de la letra: el proyecto comunitario prevé una o varias fechas para que la comunidad se interroge sobre su compromiso para suscitar vocaciones. A nivel distrital el artículo 85c recuerda a los Visitadores que son los primeros animadores de la pastoral vocacional y que deben evaluar con cada comunidad del Distrito las iniciativas a este respecto. La *Regla* insiste también en el nombramiento de uno o más Hermanos para que se encarguen, en lo posible con dedicación plena, de promover, con la colaboración de una comisión, el programa del Distrito.

Invitar al menos a un joven

Hermanos, el Papa nos invita a «mirar al futuro» y nos recuerda que tenemos futuro en la medida en que otros jóvenes acojan la llamada del Señor. ¡Ojalá que todos, durante este año que ha comenzado, tengamos la fe, la esperanza, la caridad y la valentía que se requieren para *invitar al menos a un joven*.

EPÍLOGO

¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas.

Esas son palabras de un **HOMBRE DE ESPERANZA**. He dicho anteriormente que pocos, si es que hay alguno, tienen esperanza al examinar la situación vocacional de la mayoría de los institutos de Hermanas y Hermanos. Pero la **ESPERANZA** es otra cosa. La esperanza es visión del futuro que queremos que llegue a ser realidad, convicción de que la visión puede realizar-

se, y compromiso en trabajar para que esa visión llegue a ser realidad.

En suma, podemos trabajar más eficazmente para hacer que esta visión sea realidad creando *hoy* comunidades apostólicas auténticas de personas consagradas, comunidades que sean innovadoras, creativas y santas. Además debemos **INVITAR** a jóvenes a ser Hermanos de las Escuelas Cristianas, con fe, esperanza, caridad y valentía. El desafío es considerable. Pero Dios quiere que lo asumamos y que respondamos a él como **HOMBRES DE ESPERANZA**. Así es precisamente como nuestro Fundador actuó al enfrentarse con las crisis de su vida: se entregó de nuevo, y emprendió acciones concretas y constructivas.

NUESTRA SEÑORA DE LA ESTRELLA

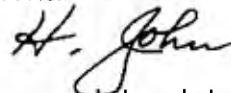
Hermanos, pidamos ardientemente a Jesucristo que nos anime de su Espíritu pues nos ha escogido para realizar su obra (*Med.* 196.1). Pidamos a Jesucristo esta gracia por intercesión de su Madre, María, *Nuestra Señora de la Estrella*.

San Juan Bautista de La Salle no hace ninguna referencia a María bajo esta advocación. Pero en su meditación para la fiesta del Santo Nombre de María (164), dice que el nombre de María equivale a *estrella del mar*. María es *estrella que ilumina, guía y conduce al puerto*, por el mar borrascoso del mundo.

«Vosotros, sin duda, estáis necesitados de luz durante la vida presente, por hallaros de continuo en ella como en mar proceloso. Recurrid a María: Ella os iluminará y os ayudará a conocer la voluntad de Dios sobre vosotros; porque participando (María) en la luz de Jesucristo su Hijo, es luz que ilumina en las tinieblas... A Ella le es fácil daros a conocer, y comunicaros la inteligencia de lo que vosotros no podéis discernir».

¡NUESTRA SEÑORA DE LA ESTRELLA! RUEGA POR NOSOTROS

Fraternalmente en La Salle,



Hermano John Johnston, FSC
Superior General